

Hermanos de sangre

Gustavo Martín Garzo

EL NOVELISTA, AL COMENTAR LA OBRA DE RAMÓN ACÍN SOBRE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA, EVOCA SU PROPIA MEMORIA (FAMILIAR) DE ESOS HECHOS.

Hace apenas unos meses, en uno de los coloquios que suelen seguir a las conferencias, una persona me preguntó por la razón de que en mis novelas aparecieran con cierta frecuencia episodios de la guerra civil. «¿Como era posible –insistió– si yo no la había conocido?». No le faltaba razón, pues durante ese periodo yo aún dormitaba felizmente en el limbo de los no nacidos. Y, sin embargo, la Guerra Civil española forma parte de mi vida, y en mi casa se hablaba a menudo de ella. Mi padre había combatido en el bando nacional, y eran frecuentes sus relatos acerca del frente y del periodo de revueltas y abusos interminables que precedió al estallido de la guerra; y a mi madre le había sorprendido en León, su ciudad, siendo una adolescente, y nos hablaba de la llegada de la Legión Cóndor, y de la conmoción que sus uniformes, su porte immaculado habían causado en todas las chicas. Ellos, los alemanes, encandilando con las cruces gamadas inscritas en sus uniformes, a aquella muchacha dulce y maravillosa que más tarde se convertiría en mi madre. ¿Cómo era posible esto? La guerra civil, en suma, formaba parte de la juventud de mis padres. En cierta forma, les había reunido, pues mi padre al terminar la guerra se había quedado por unos años en el ejército, y al ser destinado a León conoció a mi madre, que era una de las hijas del dueño del hotel en que se hospedaba. Es más, mi padre, que era abogado, abandonaría poco después el cuerpo jurídico del ejército por los escrúpulos que le produjeron los juicios sumarísimos en que tuvo

que participar como abogado defensor, y en que se condenaba sin apelaciones a los desafectos al régimen. Y esos escrúpulos lo acompañarían ya para siempre, pues no ha habido persona en el mundo más bondadosa y delicada que él.

Estoy seguro que Ramón Acín podría contar una historia parecida en relación a su propia familia. Nuestra edad es parecida, y también sus padres, como tantas parejas de entonces, tuvieron que salir adelante en un mundo hecho de carencias, odio y temor. En ese mundo crecimos dos generaciones de españoles. Crecimos en silencio, obedeciendo sin pestañear lo que se nos decía, oliendo el incienso de las iglesias, viendo por el NODO a aquel hombrecillo enérgico y antipático que no cesaba de inaugurar pantanos, y asistiendo a interminables y enfáticos desfiles de la Victoria... pero también escuchando las oscuras y, a veces delicadas, historias de nuestros mayores. Gran parte del material de ese libro procede de ese mundo y por eso es importante leerlo. No solo porque nos ayudará a ser fieles a la memoria de nuestros padres, y de tantos hombres, sino a transformar nuestra propia memoria en pensamiento. Y es aquí donde Ramón Acín demuestra su verdadera condición de escritor. Sus relatos, modestos, precisos, se refieren a ese tiempo tan difícil de nuestra historia, pero siempre deja que sean sus propios protagonistas los que hablen. Y lo hacen de un país arrasado por una guerra civil, que es la más terrible de todas. Una guerra que enfrenta a hermanos y vecinos, y en que cualquier cosa es posible. La delación, el pillaje, los fusilamientos al amanecer, la petulancia de tantos, el señoritismo, los abusos indescriptibles; pero donde también hay niños que temen por su rebaño, viejos que protegen sus sueños, y una maestra, casi una niña, que decide vestir de luto sin que nadie en el pueblo llegue a saber la razón. Esa imagen resume el libro entero, pues ese luto encubre una historia que solo ella conoce, su historia de amor con un miliciano al que da cobijo en su casa y al que terminan matando. Y es en historias así donde se lleva a cabo la verdadera apuesta de este libro: hablar de ese silencio que guarda nuestra verdad.

Borges dijo que hay dos tipos de narradores, los que todo lo fían a la expresión, y los que buscan ese silencio que crece al borde de las palabras. Los primeros querrán convencernos del atrevi-

miento de sus ideas, de la audacia de sus juicios, del poder incomparable de su estilo; la búsqueda de los segundos será acercarse a ese silencio que hay siempre más allá de lo que se cuenta. Ramón Acín se atreve con ese silencio. Por esos sus relatos nos conmueven. Las historias de un hombre que da el tiro de gracia a su hermano, de un extranjero inclemente, de una muchacha que guarda la memoria de su amor con un miliciano, de un joven cuyo primo orina las losas del cementerio, de un abuelo que calla, nos impresionan por la fuerza y el dramatismo con las que se cuentan, pero aún más por todo lo que ellas queda sin decir. Hemos crecido en un país de proclamas oficiales, letanías, sermones, y soporíficos desfiles militares, pero también, y sobre todo, de silencio. Recordamos los relatos de nuestros padres pero aún más lo que callaban. Y eso ha hecho Ramón Acín al escribir este puñado de relatos: dejar espacio para que ese relato tanto tiempo silenciado pueda escucharse. John Berger dijo que la literatura era el lugar del perdón. Los relatos de *Hermanos de sangre* nos dicen que es posible encontrar un lugar así, un lugar desde el que empezar nuevo. Basta con ser fieles a las historias que viven en nuestro corazón ©

